



# La biblioteca de La Mina dispara el interés por la lectura en el barrio

Abierta hace cuatro años, registra un crecimiento de casi un 10% de lectores al mes

JORDI RIBALAYGUE / Sant Adrià

«Pon esto: que en La Mina hay muy buena gente, no significa nada que haya cuatro bandarras». Lo dicta Beni, 38 años en el barrio y nacida en las barracas de Montjuïc. Acude al club de lectura, junto a una decena de personas, habituales de la biblioteca desde que abrió hace algo más de cuatro años.

Interrumpen la charla sobre una novela de Alicia Giménez Bartlett y dan testigo de cuatro décadas de vida en los enormes bloques levantados en el extrarradio de Barcelona, donde llegaron junto a una multitud sacada de Donde la ciudad cambia su nombre, como tituló Francesc Candel.

Son de los que defienden en tromba la honradez de la gente del arrabal frente a quien la condena a la sospecha y la mala fama, perdurables entre quienes los ignora. Y quizá los estigmas han vuelto a sangrar con la reciente batida antidroga de los Mossos d'Esquadra. «Se dio mucho bombo y también detuvieron en el Besòs y en la Zona Franca, y eso no se dice», se queja Beni.

«Los hay que te miran por encima del hombro, iy a lo mejor somos más decentes que ellos!», suelta Consuelo, 90 años, desde niña en este lado de Sant Adrià, cuando eran huertas lo que cubría la derecha del Besòs, y aún al quite si se atreven a hablar «con retintín» de su barriada. «A mucha gente de fuera les sorprende cuando dices dónde vives», ha comprobado María José, trabajadora de la biblioteca Font de La Mina.



Varios usuarios consultan libros en la biblioteca Font de La Mina, de Sant Adrià del Besòs. / JORDI SOTERAS

«A una vecina del Besòs le quise enseñar la biblioteca y dijo: 'Qué pena, con la gente que tenéis allí...', recuerda con disgusto María. La carencia de servicios fue un mal que lastró a La Mina.

Pero el edificio no es ningún desperdicio en un barrio inmerso en una constelación de batallas libradas de puertas adentro por la dignidad de sus habitantes, esas historias que «no son noticiables para

los medios», como recrimina Emilio, lector criado en el Camp de la Bóta. «Habría quien se sorprendería de ver a una mujer gitana llevándose un montón de libros. Aún hay ideas preconcebidas», corrobora la directora de la biblioteca, Montse Espuga.

Font de La Mina no es un cúmulo de salas desiertas. En octubre, atendió unas 250 visitas al día y se extrajeron unos 1.600 documentos.

La inmensa mayoría de quien acude reside en el vecindario, donde se han distribuido unos 3.250 carnés de la red de la Diputación de Barcelona.

«Tenemos un nivel correcto, aceptable, y son usuarios muy fieles», describe Espuga, «algunos están a la espera de que llegue el lote de novedades. Han tardado dos días en salir todas en préstamo este mes». Añade que observan un cre-

cimiento mensual de lectores del 5% al 10%. Cerca de la mitad de quienes les visita son gitanos.

«Nos adaptamos al entorno y respetamos las tradiciones, las conocemos», alega la directora, «por ejemplo, procuramos que las actividades acaben a las siete de la tarde, que es cuando empieza el acto del culto de la iglesia evangélica. Los niños con ocho o nueve años ya vienen solos. Aquí son más autónomos, pero pedimos siempre que los padres estén localizables».

Es en la infancia donde se palpa la tarea pedagógica a la que el centro se reta, aunque también es cobijo para adultos que, tras haber abandona-

Cerca de la mitad de los usuarios del equipamiento son de etnia gitana

En octubre atendió a unas 250 visitas al día y se extrajeron 1.600 documentos

do pronto los estudios, se reenganchan para obtener el graduado y andan a la búsqueda de libros. Una veintena de menores se divide en dos grupos para ir a la biblioteca.

«Estaban muy bajos en comprensión lectora», concretan Georgina y Costanza, las monitoras de los pequeños, «dibujaban cosas grises, tristes. No tienen mucha imaginación. Son como adultos, pero en niños: viven situaciones difíciles en casa, se encargan de sus hermanos... Les gusta que se esté por ellos, lo necesitan. Empezamos hace un año y han mejorado en hábitos. A alguno se le ha despertado el gusto por la lectura».